

adultez y laicado

• ANA MARIA RIZZUTO

DESDE hace unos años todos aquellos que se ocupan de esclarecer el papel del laico en la Iglesia y en el mundo, afirman que el laico es un adulto, debe ser un adulto en su vida humana y eclesial.

Esta afirmación, es el fruto de un proceso histórico y social que ya no acepta, en ningún aspecto de la realidad, hombres que hagan el papel de adultos y otros que, aunque maduros en años, no llegan nunca a asumir responsabilidades concordes con su edad. El análisis del proceso histórico que ha llevado las cosas a este punto escapa a nuestras posibilidades. Pero el hecho es real. La mujer no acepta una situación de minoría y ya ha asumido y exigido su responsabilidad personal. Las clases proletarias no aceptan ser conducidas por dirigentes que no las consideren dueñas de sus actos en la dinámica social de su nación; por sobre todo, exigen una participación en donde su voz tenga un peso equiparable al de las otras clases y profesiones.

Los pueblos que otrora vivieron en dependencia de sus metrópolis lejanas, no quieren ya ser tratados como niños; exigen el reconocimiento de su mayoría de edad.

También la intimidad del hombre ha sido cuestionada. La Psicología ha comprobado que no basta haber cumplido una determinada cifra de años, para tener las cualidades psicológicas del hom-

bre adulto. Y hombres y mujeres se preguntan —no sin angustia— si realmente lo son. ¿Cómo pretender entonces que no penetrase en la vida cristiana esta conciencia de la necesidad de ser adulto? Bien lo dice Joseph Folliet. *"La noción de adultez, la conciencia de ser adulto, penetra hasta en la vida religiosa, en el seno de un catolicismo donde el laicado descubre lo específico de su vocación, crece el número de los adultos que se dicen tales, que quieren ser tales, insistiendo en que no deben ya ser conducidos como ovejas gregarias de ganado, sino como mayores responsables"*.

Sin embargo, esta urgencia de decir y proclamar el estado adulto del laico tiene un trasfondo de conmoción, de crisis hacia la adultez. *Se siente* adulto —obra como tal—. Solamente el que aún no lo es debe proclamarlo, justamente porque quiere serlo, como el adolescente.

* * *

Cuando decimos que el laico es un adulto no hablamos de él solamente como hombre, sino en cuanto miembro del Cuerpo Místico de Cristo. Implicamos dos realidades:

- a) La *madurez psicológica* individual del laico en cuanto hombre.
- b) La *madurez cristiana* del laico en

[1] *Adultez*; Groupe Lyonnais: Ed. Razón y Fe. Madrid, 1960, pág. 23, Cap. I. Joseph Folliet, *¿Qué es un adulto?*

cuanto "ser nuevo en Jesucristo", viviendo en la comunidad eclesial.

Sin embargo no podemos disociarlas, porque si aceptamos que en cuanto cristiano el laico es el responsable directo de las realidades terrenas, comprendemos hasta qué punto importa su madurez psicológica. Bien sabemos que no son los débiles de espíritu los que constituyen el mundo, o al menos no deberían serlo. No digamos el daño real que puede hacer al rostro de la Iglesia ante los no creyentes, un cristiano débil de espíritu construyendo el mundo.

Pero esta madurez psicológica *no basta* para un laico, porque su papel se define *en función* de la misión de la Iglesia. Cuando decimos que el laico es un adulto lo hacemos teniendo en cuenta ese papel. Es un adulto *en* la Iglesia, y *para* la Iglesia. Para asumir su papel particular en la comunidad eclesial.

Nos corresponde por consiguiente estudiar el contenido de esta afirmación, es decir la *adulthood* y *madurez cristianas*, en la que se implican los dos aspectos ya vistos: *adulthood* psicológica, y en cuanto cristiano. Conocidos estos aspectos debemos preguntarnos por la relación entre *madurez* psicológica y *madurez* cristiana. ¿Se puede ser un cristiano adulto y un hombre inmaduro al mismo tiempo? ¿Se puede ser un adulto en cuanto hombre, y un niño pequeño como cristiano?

Una vez resueltas estas cuestiones, nos será necesario volver la vista hacia la realidad concreta de la vida, del mundo, de la comunidad eclesial, y preguntarnos acerca de cuál es la medida de sabiduría para aplicarlas en el juicio, la comprensión, y la estructuración de todas ellas. Porque es también una actitud adul-

ta comprender que entre el deber ser y la realidad, queda siempre un amplio margen que podemos y debemos asumir con serenidad de corazón.

DEFINICION DE TERMINOS

Hemos usado dos expresiones: *adulthood* y *madurez*.

Pero, ¿qué quieren decir? ¿Qué significan?

Esta pregunta es esencial. Pareciera que todos supiéramos claramente lo que quieren decir, y sin embargo es evidente que hay alrededor de ellas una especie de nebulosa. Intuimos su significado. Pero nos quedamos un poco perplejos si tenemos que explicarlas. La finalidad de este trabajo es buscar dar un contenido concreto a estas dos expresiones.

Es evidente que *adulthood* y *madurez* no quieren decir lo mismo.

Adulto, proviene de "adultus", participio pasado del verbo "adolescere", que quiere decir crecer. Adulto es el que ya está hecho, el que acabó de crecer. Joseph Folliet (2) dice: "*Adulto es aquel hombre que ha cesado de crecer, que ha llegado a su talla normal en todas las zonas de su ser*". La edad adulta es el comienzo de un término definitivo. Se define en años y en crecimiento. Indica un *umbral*.

El término *madurez* ofrece mayores dificultades. El significado literal es el de la fruta que está en sazón. Describe, implica rasgos cualitativos.

Pero hay en su acepción dos contenidos diferentes:

- a) Por un lado la *madurez* describe los rasgos cualitativos correspondientes al estado adulto.

[2] Idem, pág. 28.

El hombre que ha llegado a los años propios de la edad adulta debe tener las cualidades correspondientes a la madurez. Debe de ser un hombre en sazón.

- b) Pero la madurez es también la posibilidad psicológica y existencial de seguir creciendo, cuando en todas las otras esferas del ser se ha llegado a un estado límite. La talla ya no aumentará, ni la capacidad intelectual, ni la capacidad sensorial. Pero el hombre en cuanto hombre puede seguir asumiendo las dimensiones existenciales del vivir. Esta acepción de la madurez se define como una tendencia hacia la plenitud. No tiene término. Se define como una *meta* siempre a alcanzar. Hay en ella, es verdad, ciertos rasgos que indican que un hombre ha logrado ya mucho en la búsqueda de esa meta, y entonces la madurez aparece como la plenitud de la edad adulta. *"El hombre maduro (en esta acepción) es el adulto cabal"* (3).

Y la realidad nos enseña que hay entre los hombres como dos niveles vitales diferentes:

- 1) El adulto, el puro adulto, que es un ser como los otros de su edad, standard, instalado en la vida.
- 2) El adulto que sigue creciendo hacia la plenitud de su madurez; el que está abierto hacia todas las dimensiones y posibilidades de cambio; el que continúa creciendo en el proceso de autocomprensión, y de comunión con toda la realidad.

Estaríamos tentados de pensar que el hombre realmente tal, es éste, el

que tiene su último pico madurativo en la propia muerte.

Pero también estamos convencidos de que (4) *"la madurez da la impresión de ser como un estado límite hacia el cual tiende el ser humano sin que jamás lo pueda alcanzar"*... *"Nadie es nunca plenamente adulto, así como nadie es totalmente persona"*.

DESCRIPCION DE LA MADUREZ PSICOLOGICA DEL ADULTO

Nuestra definición de términos no ha hecho otra cosa que deslindar dos conceptos:

Nos falta dar un contenido real a esos conceptos y esto es lo que intentamos ahora.

Es evidente que en un artículo es imposible hacer una buena exposición respecto a este punto. Se necesitaría un tomo. Pero tenemos la obligación de exponer en pocas y apretadas líneas lo esencial.

El hombre que en años ha llegado a la edad adulta, tiene ante sí, en la Realidad, cuatro realidades ineludibles ante las cuales está puesto. Como dicen los existenciales, la realidad está dada y él está en el mundo con ella. Estas cuatro realidades son él mismo, los otros (el prójimo diríamos en cristiano), las cosas y acontecimientos (lo que llamamos la realidad cotidiana) y Dios, la realidad trascendente. Necesariamente el adulto tiene que asumir una conducta para con ella. Normales o no normales, sanos o enfermos, ellas están allí, fuera y dentro de nosotros mismos.

(3) Idem, pág. 28.

(4) Idem, pág. 43.

Según el modo de obrar para con ellas, seremos adultos o no. Rehuir cualquiera de ellas, es una manera grave de no poder ser adulto.

Dijimos que estas realidades están dentro y fuera de nosotros mismos. Esquemáticamente, muy esquemáticamente, podríamos decir que hay para con ellas dos polos de actuación, hacia adentro y hacia afuera.

Hacia adentro el adulto las *acepta* tal cual son y logra hacer con ellas una *unidad interior*, coherente, integrada en una *jerarquía de valores*, en la cual encuentra no solamente paz, sino autocomprensión, y sobre todo logra ubicar el sentido existencial de su propia vida. Pero no basta la sola aceptación así descripta: hace falta un modo de aceptar que permita gozar y sufrir con él, es decir aceptar con cierta holgura y sobre todo con un matiz de humor que deje margen a toda paradoja. Y, por complemento, es imposible esta aceptación, sin riesgo, sin renuncia, sin dolor y sin cierta angustia que brota de las dimensiones del misterio implicado en cada una de las realidades aceptadas.

Y aún, después de todo este esfuerzo, hace falta permanecer gozoso y tenso, vigilando las tentaciones sutiles que brotan a diestra y siniestra para socavar nuestra interior fidelidad a lo que aceptamos.

Hacia afuera, el adulto las *asume*, *haciéndose cargo* de ellas, abriéndose a ellas en una *apertura vital* a la existencia y responde a cada una en un diálogo viviente, casi personal, con unas y otras, en una comunicación con lo que ellas mismas son y por lo cual siente que su vida depende de esta corriente en vasos comunicantes establecida entre su yo y él mismo y el resto de la realidad.

Y también aquí hace falta un modo. Porque se podrían asumir pasivamente dejándose penetrar sin actuar.

Y ese modo es trabajando, sumergiéndose en la realidad con una tarea propia que significa hacerse responsable del propio paso por las cosas en cada momento de la vida.

Tampoco esta asunción de la realidad puede ser algo hecho de una vez para siempre. También exige el poder descansar en lo asumido y, a la vez, estar tenso y vigilante siguiendo con ojos atentos el proceso de las cosas para poder mantener una línea de fidelidad en medio de las mil y una sutiles tentaciones que nos asedian para alejarnos de la fidelidad a nuestra tarea en el mundo.

En este doble juego de aceptación y asunción debe estar presente toda la realidad, incluido el mal, la injusticia, y el desamor, la estupidez humana y, ante todo, nuestra radical e insalvable miseria con su múltiple proyección en el pecado, la huida y la impotencia.

En definitiva, y viendo las cosas desde un ángulo más descriptivo, diríamos que el adulto es el hombre que ha logrado la libertad interior y que la usa para amar, comprometiéndose definitivamente en su amor, para ser el constructor de su propio destino, para estar sencillamente contento de sí mismo y lo suficientemente comprensivo para no creer a ningún hombre irremisiblemente perverso. Por el contrario encuentra muchos y múltiples motivos para convivir con buenos y malos, con frívolos y profundos, conservando en medio de todo la serenidad en el corazón y un buen margen para reírse de sí mismo, en la misma proporción en que se ha tomado en serio.

Un hombre que está contento de pertenecer a la mitad de la humanidad y que se alegra porque todo su ser anda en búsqueda de la otra mitad, y que cuando la encontró, vive en la experiencia sexual la más honda experiencia de entrega que nuestra carne es capaz de sentir.

Alguien que no está tan pagado de su inteligencia, a pesar de estar señoreado por ella, que no pueda aceptar el misterio como límite deseable. Alguien capaz de entregarse razonada y libremente a eso no razonable que es el misterio.

Nos consta que habría muchas más cosas por decir. Hemos tratado de exponer lo esencial, lo que está más cerca de las necesidades de nuestro trabajo. Pero al que quiera algo más lo remitimos al hermoso capítulo en que Stone y Church intentan describir la madurez (5).

Psicológicamente esta es la meta que los cristianos debemos proponernos en la educación, si queremos exigir a los laicos el cumplimiento de sus responsabilidades adultas en el mundo.

MADUREZ CRISTIANA

Hemos tratado de ver el contenido del concepto de madurez adulta desde el punto de vista humano o psicológico.

Debemos buscar el contenido de la expresión madurez cristiana. ¿Qué significa adquirir las cualidades de adulto en cuanto miembro de Cristo?

Nos parece poder explicarlo así: Entendemos por madurez cristiana aquellas cualidades que configuran en un cristiano los rasgos propios del desenvolvimiento de sus realidades sacramentales, aque-

llas que le confieren la participación en la vida de Dios.

Esta descripción nos obliga a preguntarnos por el significado del término "realidad sacramental" y por su relación con lo antedicho.

Los sacramentos nos otorgan la gracia, es decir, la vida misma de Dios: "*la gracia santificante ... consiste en que la luz y lumbre de Dios llenan al yo humano*" (6).

"*La gracia santificante es comunidad de ser y vida con Cristo*" (7).

El sacramento crea un modo de ser nuevo en quien lo recibe, una vida nueva, es decir, la participación en la vida de Cristo.

En este sentido, ni la comunicación de la vida de Cristo, ni el grado de participación dependen de la edad psicológica del sujeto, sino del efecto o poder de comunicación del Sacramento recibido. Es una vida que se nos da y para cuyo recibimiento de nuestra parte no hay otra cosa que el sí de la aceptación.

La realidad sacramental que tratamos de explicar no es otra cosa que la participación en la vida de Cristo que cada sacramento nos confiere.

Habría que preguntarse entonces por las realidades sacramentales de aquellos sacramentos que imprimen carácter, es decir, confieren de una vez para siempre, la participación en la vida de Cristo místico.

Para el laico estos sacramentos son dos: Bautismo y Confirmación.

El Bautismo le confiere la participación en la vida de Cristo, en su muerte,

(5) Stone - Church: *Niñez y adolescencia*. Ed. Hormé. Bs. As., 1959, pág. 387 y 55.

(6) Michael Schmaus: *Teología dogmática*. Edic. Rialp. Madrid, 1956, Tomo VI, párrafo 226, pán. 78.

(7) Idem, pág. 78.

en su resurrección y en el misterio operante del Cristo místico, que va realizando en el curso de la historia el misterio de su pleroma, es decir, que va completando el número de hijos de Dios que con El integrarán el Reino de Dios, luego del triunfo final de su segunda venida.

El carácter del bautizado no es, pues, el del que tiene algo a medias. No. El bautizado es un adulto (en cuanto a la realidad sacramental, o sea el contenido salvífico del sacramento). Un adulto que participa de la actual misión de Cristo como sacerdote y pontífice entre Dios y los hombres (misión sacerdotal), es alguien que participa con El de la tarea de difundir, explicitar, anunciar la buena nueva (misión profética) y también alguien que con El tiene a su cargo la tarea de poner todo el universo al servicio de Cristo, su único Rey y Señor (misión real). El bautizado está plenamente configurado a Cristo: *"La participación del bautizado en el ser de Cristo es tan íntima que incluso se llama también Cristo al bautizado"* (8). Diríamos que el Bautismo confiere al cristiano, en cuanto individuo, la participación en la misión de la Iglesia Cuerpo Místico de Cristo.

Si esto es así, si el bautizado es ya un adulto, ¿qué carácter imprime, entonces, en él la confirmación?

"... Se puede decir que la confirmación es la plenitud del Bautismo" (9). *"De hecho, el cristiano, recibida la confirmación, es perfecto en el sentido de que ha alcanzado en el plano del carácter sacramental, la plenitud de semejanza con*

Cristo, compatible con el estado laical" (10).

El cristiano ya ha recibido el Espíritu Santo en el Bautismo. ¿Por qué habría de recibirlo ahora de nuevo? Sería como reproducir, en él, el Bautismo de Jesús en el Jordán. *"Hay que concluir que el Espíritu Santo se da por segunda vez al cristiano para hacer de él un heraldo del Evangelio, un testigo y mensajero de Cristo profeta"* (11), es decir, compartir la vida pública de Cristo.

"El confirmado es configurado al modo de Cristo en cuanto que Cristo se enfrentó públicamente al mal con su muerte de cruz y le opuso resistencia y superó al pecado con su sacrificio de muerte y creó nueva vida" (12). El confirmado está obligado a obrar públicamente de la misma manera que Cristo. *"No es la confirmación lo que concede la madurez espiritual. Pero a la mayoría de edad alcanzada en el Bautismo le da una especial madurez y orienta a los adultos en una dirección determinada"* ... *"La madurez deparada al confirmado en su comunidad con Cristo le faculta y obliga a realizarla a la luz pública"* ... *"La publicidad del mundo y el cielo"* (13). Es cambio de situación social: *"Llegado a la edad adulta, el hombre que hasta entonces sólo vivía para sí, da los primeros pasos en la sociedad de sus semejantes"*, y continúa Schmaus: *"Quizás pueda decirse que en el Bautismo lo importante estriba en la vida individual realizada dentro de la comunidad; en la Confirmación, en la vida comunitaria llevada por cada uno*

(8) Idem, pág. 153.

(9) Idem, pág. 210.

(11) Idem, pág. 204.

(12) Schmaus, o. p. cert. pág. 211.

(13) Idem, pág. 211.

(10) A. G. Martimort: *Los signos de la nueva alianza*. Edición Sígueme, 1961, pág. 200.

en particular” ... “No tiende en primer lugar a la santificación del confirmado sino a su consagración al trabajo de santificación del mundo” ... “Obra que le ha sido confiada a Ella” (la Iglesia) (14).

Vemos, pues, que no hay aquí relación alguna entre edad cronológica y la madurez conferida por un sacramento. En este sentido los niños pequeños pueden ser adultos y los ancianos renacen como niños por el bautismo.

La participación en la vida de Cristo, en cuanto carácter sacramental, no depende de la edad de quien la reciba. En Oriente, por ejemplo, la confirmación se confiere a los niños, inmediatamente después del Bautismo.

Pero aquí volvemos al comienzo. Es evidente que hay hombres bautizados y confirmados que viven como si no lo fueran, y que entre los cristianos muchos de ellos practican su fe de un modo tal que pareciera no existir relación alguna con lo arriba expuesto. ¿Qué sucede en ellos? No es muy difícil explicarlo. La realidad de la vida de Cristo conferida por el Bautismo y la Confirmación está en nosotros, tal como lo hemos expuesto. Pero es una realidad actual y latente al mismo tiempo. No se hará carne en nosotros, no nos configurará según su poder, si nosotros, voluntaria y libremente, no descubrimos a través de la participación actual en la vida de Cristo, mediante la liturgia, los sacramentos y la oración, esa realidad que vive en nosotros, y nos sometemos a ella. Si no queremos tener oídos atentos podremos siempre ser infieles a la voz del Espíritu Santo que gime en nosotros con una fuerza indescriptible.

Dentro nuestro está la vida de Cristo. Dada gratis por la generosidad del Señor. Pero no nos será ahorrado el trabajo de asumir la misma cruz de Jesús y, tomando con nuestras manos lo que somos, caminar cada día hacia la vida de Dios que palpita en nosotros hasta configurarnos con ella, y es en este sentido que hablamos ahora de cristianos adultos.

El cristiano adulto ha tomado en serio la verdad de su Bautismo y Confirmación, y cada día renueva el trabajo de hacerse lo que es: un nuevo Cristo. Siente por dentro la urgencia de profundizar el misterio de la fe, padece la impaciencia confiada de esperar la vuelta del Señor, ama con El, al Padre y al Espíritu Santo; ama a sus hermanos con los mismos sentimientos de Cristo. El cristiano adulto siente con la Iglesia la urgencia de continuar día a día la renovación de la nueva alianza y la ofrenda de la víctima en la misa y todos sus ecos litúrgicos. Siente con ella la impaciencia de llevar la buena nueva a todos los ámbitos del mundo, de anunciarla a todos los hombres, y a todas las realidades antiguas y nuevas. Y el anuncio es ya un movimiento vital para instalar el reinado de Cristo en todos los seres.

El cristiano adulto es el que ha desplegado dentro de su configuración con Cristo estos rasgos de fe, esperanza y caridad que brotan del Bautismo y ha asumido la tarea sacerdotal, profética, y real que públicamente le ordena obrar la Confirmación. No solamente tiene dentro de sí la configuración a Cristo. La ha hecho viviente y actual. Puede vérsela desde fuera, en sus gestos, sus acciones y palabras. Más aún, el cristiano adulto es el que vive y siente en actual comunión con

[14] Idem, pág. 212.

Cristo, que es uno con El, que puede decir con Pablo: *"Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí"*.

Esta afirmación no puede ser una excepción; la de un gran santo. Debe ser la regla de todo cristiano que ha tomado conciencia y asumido la responsabilidad del carácter de los sacramentos con que ha sido signado.

Es necesaria toda una mística y una ascesis para lograr vivir lo que somos, para participar más y más en la muerte y resurrección de Cristo, en su obra actual de Resucitado construyendo desde la Iglesia y con la Iglesia, en el misterio de la historia, el Reino de Dios, que estallará de gozo, luego del llanto, el día de su segunda venida.

Ser cristiano adulto es saberse construyendo el Reino con Cristo resucitado, en el simple y rutinario trabajo de cada día.

Sería necesario un análisis fenomenológico para conocer los "síntomas" de esas madureces: la de la fe, de la esperanza, de la caridad y la madurez en la participación litúrgica, el testimonio y la construcción del Reino. Quizá valiera la pena hacerlo, pero excede las posibilidades de espacio de un trabajo como éste (15).

(15) Puede leerse sobre fe, esperanza y caridad: L. Leloir O. S. B.: *Maturité de la foi et de la charité*, Nouvelle Revue Theologique, Janvier, 1963, Tomo 85, pág. 40. André Brian: *La foi adulte*, Etudes, T. 293, Junio, 1957, pág. 39. Fr. P. A. Liegé: *Vers la maturité de la foi*, Nouvelle Revue Theologique, T. 80, pág. 613. Adúriz Joaquín: *Fe hereditaria y cristianismo adulto*, "Estudios", Agosto, 1960, N° 516, pág. 455. Pedro Laín Entralgo: *La Espera y la Esperanza*, Revista de Occidente, Madrid, 1957. Joseph Pieper: *Sobre la esperanza*, Patmos, Ed. Rialp, Madrid, 1953.

RELACIONES ENTRE MADUREZ PSICOLOGICA Y MADUREZ CRISTIANA

Volvemos ahora a las preguntas de la introducción. ¿Se puede ser un cristiano adulto y un hombre inmaduro al mismo tiempo? ¿Se puede ser psicológicamente adulto y un niño pequeño como cristianos? Sabemos que tocamos un punto difícil y particularmente delicado que exige claridad de conceptos. Trataremos de ser claros.

* * *

I) La madurez cristiana de la cual hablamos recién, vista desde otro ángulo, es la santificación realizándose, desplegándose en testimonio, oración y acción. Pero entre santificación operada por el sacramento y difusión de esa santidad a toda la vida, media la misma distancia que hay entre el poder salvífico del sacramento, y la asunción personal de esa fuerza de participación en la vida de Cristo.

Para recibir esta santificación primera, allí en el más hondo resquicio de nuestra libertad, no hace falta otra cosa sino la voluntad de aceptar el llamado, y la vida de Dios: *"Es entonces que la santidad de Dios lo toma en el centro mismo de su persona, en esa fina punta del alma de la que hablan los místicos. Acontecimiento misterioso, más allá de un psiquismo que no es cambiado inmediatamente, pero que hace que un hombre haya pasado de la muerte a la vida; respire ya*

(16) Puede leerse sobre este punto: Vagaggini: *El sentido teológico de la liturgia*, B. A. C., Madrid 1959. Sobre misión sacerdotal, profética y real: Toda la bibliografía relacionada con Teología del papel del laico en la Iglesia, especialmente: Yves Congar: *Glorieux. Le laïc dans l'Eglise*.

en la eternidad: está santificado" (17).

"Por consiguiente, en relación a este acontecimiento propiamente espiritual, las disposiciones psíquicas no sirven de nada... Ante la exigencia de morir al pecado que se dirige al corazón del corazón, la condición de todo hombre es rigurosamente la misma... No nos equivoquemos; es tan duro para un miserable consentir en ser salvado por el otro, como para el más brillante de los virtuosos reconocer humildemente que Dios lo ha hecho todo... (18). Implica para uno como para otro la misma renuncia definitiva al orgullo y la suficiencia" (19).

Pero esta vida instalada en el centro misterioso del corazón del hombre tiende a difundir en círculos concéntricos hacia todas las esferas del existir. Y aquí comienza el problema. Con el P. Beirnaert nos vemos obligados a decir: "Reconozcamos que hay ciertas cualidades propiamente psíquicas que condicionan la expansión de los frutos del Espíritu en lo que se llaman las virtudes cristianas y, finalmente, el ejercicio concreto de la caridad. Estas cualidades no son en ellas mismas, ni la virtud, ni la perfección cristiana, sino que condicionan su instauración progresiva en un psiquismo que la libertad con la gracia tiende a modelar según la imagen de la perfección del Padre Celestial" (20).

Si el hombre no es psicológicamente maduro según sus años, y en el caso del adulto, un adulto, la santificación interior real y meritoria ante Dios estará tra-

bada en su instalación en la vida psíquica. "Lo que falta entonces no es la santificación esencial, sino su inscripción en la psiquis; su manifestación empírica en virtudes, al menos en virtudes desplegadas, pues el esfuerzo persistente —la única cosa de la que algunos son capaces— es ya en realidad la virtud en germen" (21).

Luego, según el P. Beirnaert, hay dos clases de santos: los de psiquismo desafortunado y difícil... "Los santos sin nombre" "y al lado de ellos están los de psiquismo feliz" ... "los santos castos, fuertes y dulces, los santos modelos o canonizables" ... "aquellos cuyo psiquismo canta desde ahora como un arpa armoniosa la gloria de Dios" (22). "Los unos y los otros son hermanos. Es ante nosotros que son diferentes". "Delante de Dios son parecidos, y nosotros lo veremos el día del Señor Jesús" (23). Ya lo vemos. El P. Beirnaert nos lo ha hecho conocer claramente. Un hombre inmaduro puede ser un santo. Pero, y aquí la pregunta se hace crucial: este santo, inmaduro como hombre, que contribuye a la construcción del Reino desde el misterio de su santidad interior, ¿puede ser en cuanto laico, el testigo viviente que manifiesta los tesoros de Dios a sus hermanos?

¿Basta que sea santo en lo secreto de su corazón? ¿La confirmación no le pide un vigoroso trabajo, visible, encarnado, vital, comprometido, de construcción del Reino?

Nos animamos a afirmarlo. Un hombre puede dejar crecer a Dios en su corazón e incluso ser un testigo de Dios ante los

(17) R. P. Louis Beirnaert: *¿La santification dépend elle du psychisme?*, en *L'humanisme et la grace. Semaine des intellectuels catholiques*, 1950. Ed. de Flore. París, 1950, pág. 69.

(18) Idem.

(19) Idem, pág. 70.

(20) Idem, pág. 71.

(21) Idem, pág. 72.

(22) Idem, pág. 73.

hombres, pero si humanamente no es un adulto, le falta una dimensión para asumir ante los ojos de sus hermanos las responsabilidades de un laico, aún cuando en el interior de su corazón su aceptación pueda ser una enorme riqueza para la comunión de los santos.

Lo dice claramente el P. Beirnaert: *"Importa que la naturaleza sea sana y que tenga las cualidades para servir aquí abajo de instrumento y de signo de la vida del Espíritu" ... "No es solamente el humanismo que lleva al cristiano a usar las técnicas de modificación del psiquismo, es su misma fe, porque sabe que la santificación no es solamente ese misterio escatológico que será revelado en el último día, sino también esta presencia actual del Espíritu que tiene desde ahora a renovar a todo el hombre a su imagen"* (24).

Conclusiones:

- 1) No es necesario ser psíquicamente normal o adulto para ser santo.
- 2) Es necesario serlo para poder manifestar, por la acción, la ya operada santificación del ser en total plenitud.
- 3) Es necesario serlo para que la santidad del corazón pueda estar plenamente al servicio de la comunidad.
- 4) Para el laico esta necesidad es tanto más evidente cuanto su permanente y muy complejo contacto con el mundo, en donde todas las gamas del bien y del mal están mezcladas, exigen de él una continua adaptación, y una gran madurez de juicio y decisión.

[24] Idem, pág. 73.

Nada daña más profundamente a la comunidad que el que los dirigentes y militantes laicos sean criaturas timoratas, débiles, sumisas, buenitas, incapaces de riesgo, de crítica, de iniciativa, de independencia o de serena oposición.

* * *

II) ¿Se puede ser psicológicamente un adulto y un niño en cuanto cristiano?

Esta pregunta se responde sola. Sobreabundan los cristianos, que, hombres en toda su vida, responsables, prestigiados, no saben sino su catecismo y que mientras son eminentes en las cosas humanas, no saben sino balbucir o gesticular torpemente delante de Dios. Crecieron como hombres pero no supieron dejar crecer la vida de Dios dentro de ellos.

Tampoco hay tiempo de analizar las causas. Reconozcamos que una predicación moralista y una liturgia seca han facilitado esta tarea de no crecer en la Vida.

Pero nosotros creemos también que puede haber allí algo así como una huída existencial. Tenemos por cierto que quien habiendo sido educado en la fe no llegó a una síntesis personal a pesar de ser un adulto psicológicamente, no es un adulto cabal en su realidad existencial. Ha rehuído enfrentar vigorosamente una realidad última y es ante ella un niño que no sabe sino balbucir. Ha rehuído resolver una situación esencial que la existencia le planteó y plantea cada día (25).

[25] Ver Adúriz Joaquín: *Fe hereditaria y cristianismo adulto*. "Estudios", Agosto 1960, N° 516, pág. 455. Abate León Barbey: *Vida adulta y vida religiosa*, Cap. VIII de "Adulterio". Razón y Fe. Madrid, 1960.

Tenemos por cierto, además, que la vida cristiana ayuda a resolver situaciones existenciales madurantes, que sin ella costaría mucho resolver.

En verdad, este punto es la zona de convergencia de dos aspectos esencialmente dinámicos: vida psíquica y vida cristiana, cada una con sus etapas propias, que no pueden ser opuestas sino sincrónicas, pero que ninguna de las dos puede dejar nunca de crecer. *"Coinciden hasta el máximo en el desarrollo normal del ser humano; se puede incluso decir que esa coincidencia es la que define la normalidad del desarrollo"* (26).

Ya dijimos que nos parece que en el hombre cabal el crecimiento psicológico no se detiene sino con la muerte. El crecimiento de la fe y la vida cristianas nos parece ser, o al menos deber ser, un crecimiento del hombre todo, hasta la llamada de Dios.

Es por consiguiente evidente, que quien quedó niño en la fe no puede asumir su papel de laico. Está imposibilitado de participar útilmente —según el Espíritu de Cristo en la Iglesia— en la construcción de la comunidad. Puede tener buenas ideas, pero no entiende el misterio del Reino. Querrá hacer con miras de hombre lo que solamente puede hacer desde el Corazón de Cristo.

Conclusiones:

LA REALIDAD ECLESIAL

Este laico adulto propuesto es la meta ideal, teórica, a la cual muy pocos llegan.

Pero aún cuando muchos llegaran, la Iglesia sigue siendo "militante", es decir, de pecadores, y es preciso que en Ella todos estén cómodos, en su casa, como los invitados a las bodas: los miserables, los pecadores, los inmaduros, los anormales, porque en el orden de la gracia, todos somos niños ante Dios y nadie sabe cuál es su papel en la economía del amor.

Más aún, cuanto más adulto se es, más fácil resulta aceptar esta realidad de la Iglesia. Pero ello no supone que olvidemos la meta de hacer de nuestros laicos hombres y mujeres adultos en cuanto hombres y cristianos.

Pensamos que es necesario elaborar toda una pastoral (en toda la dimensión de la palabra pastoral) orientada a obtener esa meta. Pero no basta la Pastoral. Hace falta toda una educación del niño, del adolescente, y una pedagogía de las crisis de la vida y de fe que ayuden a alcanzarla (27).

Por consiguiente, es necesario elaborar una pedagogía religiosa que tenga en cuenta las etapas madurativas del hombre, y sus posibilidades y necesidades en cada una de ella, así como una pedagogía diferencial según los temperamentos para no pedir a los fieles, a cada fiel, lo que no puede dar. Y para dar a cada fiel lo que necesita, lo que es caridad darle.

Quizás los puntos claves de esa pastoral y esa pedagogía podrían ser el centrarlo todo sobre el misterio salvífico operante y actual de Cristo y la educación para la libertad y la responsabilidad. ♦

(27) Ver André Merchan: *Pastoral de la infancia*. Colec. Hinnení, Ed. Sígueme. Salamanca, 1959. Congreso de Angers (1958); *Pastoral de la adolescencia*. Idem, 1961. Marc Oraison: *Amor o violencia*. Idem.

(26) Abate León Barbey, o. c., pág. 218.